



HUELLAS DE LA MEMORIA: LOS TELARES DE MAMPUJÁN COMO ARTEFACTOS DE COMUNICACIÓN VINCULANTE

TRACES OF MEMORY: MAMPUJÁN LOOMS AS BINDING
ARTIFACTS COMMUNICATION

Por
José Gregorio Pérez¹
Universidad del Valle
jose.gregorio.perez@correounivalle.edu.co

Resumen: A partir de una experiencia de memoria exponemos un acercamiento de lectura y significación sobre los telares de las mujeres de Mampuján, corregimiento de María La Baja, Bolívar, como artefactos de comunicación vinculante. Partimos del hecho de que los telares -como práctica sociocultural- recogen una situación de violencia y terror vivida, padecida, por los habitantes de la vereda Las Brisas y Mampuján, representada en la tela, y de cómo las víctimas-testigos sobrevivientes se apropian de su historia pasada como condición para construir una nueva interlocución con la sociedad, con miras a rehacer sus vidas, proyectar sus esperanzas en el futuro y ser sujetos históricos de verdad y justicia.

Palabras clave: Memoria, violencia, artefacto cognitivo, telar, comunicación vinculante.

Abstract: From experience we present an approach memory reading and significance looms over women Mampuján, village of Maria la Baja, Bolivar, binding communication devices. We assume that looms like sociocultural practice collected a situation of violence and lived terror suffered by the inhabitants of the village of Las Brisas and Mampuján, represented on the web, and how the victim-witness appropriate their survivors past history as a condition to build a new dialogue with the society in order to rebuild their lives, projecting their hopes for the future and be historical subjects of truth and justice.

Key words: Memory, violence, cognitive artifacts, loom, binding communication.



1. La masacre de Las Brisas y el desplazamiento de Mampuján

“Portamos los rastros del pasado, las conexiones del pasado. Pero nunca de un regreso de tipo directo y literal. El pasado no nos espera allí detrás para que recuperemos nuestras identidades frente a él. Siempre se recuenta, redescubre, reinventa. Tiene que ser narrativizado”.
Maurice Halbwach.

El 11 de marzo de 2000, a las 5:30 de la madrugada, varios camiones con 200 paramilitares del Bloque Norte llegaron hasta la vereda Las Brisas del municipio de San Cayetano, departamento de Bolívar (Colombia)². Los vehículos se apostaron a

varios metros de las viviendas y de uno de ellos se bajó Rodrigo Mercado Peluffo, alias 'Cadena', jefe del frente Héroes de Los Montes de María, cuya fama se extendió por las sangrientas masacres que dirigió en Chengue, Macayepo y El Salado. Siete habitantes de Mampuján, secuestrados por los paramilitares, los habían guiado hasta allí, en medio de amenazas de muerte.

El jefe paramilitar llegó hasta la vereda para supuestamente dismantelar un campamento de las FARC en el sector de El Tamarindo, sobre el que hay una planicie en donde los campesinos comercializaban los productos agrícolas provenientes del corregimiento de Mampuján, que colinda con la vereda. La orden de su comandante Uber Banquéz, alias Juancho Dique, era la de "acabar con toda presencia de las FARC en la zona y asesinar a los que servían de auxiliadores".

Como no encontraron el campamento guerrillero en El Tamarindo, 'Cadena' ordenó rodear la zona y sacar a los hombres de sus viviendas. Entonces empezó a acusarlos de apoyar a las FARC y de avisarles sobre su presencia. Los paramilitares procedieron a amarrar a 12 pobladores y a torturarlos. A unos les cortaron las orejas, las manos y, con sierras eléctricas, les mutilaron los brazos y piernas; otros fueron amarrados al palo de tamarindo y con machetes les cortaron el talón de Aquiles "para que no huyeran". A los que estaban arrodillados en el suelo los golpearon en la cabeza y en el rostro con barretones, delante de sus familiares, quienes suplicaban que no los mataran.

Cumplido el rito del sacrificio, 'Cadena' ordenó salir hacia Mampuján, orden que se escuchó a través de los radios entregados por oficiales del Batallón de Fusileros No. 3 de Infantería de Marina con sede en Malagana. Los cadáveres de las víctimas y sus partes quedaron esparcidos por el pueblo. No contentos con eso, varios paramilitares dispararon contra los animales. 'Cadena' gritó -en medio de los llantos de los habitantes- que les daba 24 horas para salir del pueblo, que regresaría y si estaban todavía los mataría a todos. Entonces ordenó a sus hombres quemar las viviendas.

Las familias que presenciaron la masacre ingresaron a sus viviendas y empezaron a empacar sus cosas para iniciar un éxodo hacia los municipios de San Cayetano y San Juan Nepomuceno. Conocida la noticia de la masacre, los campesinos de las veredas vecinas -Aguablanca, Arroyohondo, Pelerlugo y Casigüí- decidieron unirse a las familias de Las Brisas y huir: un total de 300 personas. Las veredas quedaron vacías.

La avanzada paramilitar comenzó el día anterior a las cinco de la tarde cuando 'Cadena' y sus hombres llegaron hasta Mampuján, rodearon el pueblo y ordenaron a las familias reunirse en la plaza.

Vaya para la plaza -le dijo uno de los uniformados a una de las mujeres, empujándola con su arma-, nosotros venimos a matarlos a todos, aquí no van a quedar ni los perros. Nosotros somos los que estuvimos en El Salado.

Vamos a violar mujeres delante de todos y a mochar cabezas para jugar fútbol, como hicimos allá.³

Mientras los pobladores corrían hacia la plaza, varios paramilitares empezaron a saquear sus viviendas y la única tienda del pueblo. Cargaban en los camiones sacos de arroz, de frijol, bolsas con verduras y pan. El miedo se apoderó de los pobladores. Los paramilitares exhibían sus armas de fuego y machetes mientras ‘Cadena’ se limpiaba el sudor que corría por su rostro con la pañoleta que portaba alrededor del cuello. Se paró frente a las filas de hombres y mujeres que había ordenado. Cuando seguía a los pobladores con su mirada, sonó el teléfono celular que cargaba en el bolsillo del uniforme camuflado y se alejó unos metros. Varias mujeres le escucharon decir que los tenía reunidos y “estaban listos para matarlos”. Algunas de ellas se pusieron a llorar. Minutos después regresó a donde estaban todos:

Me dieron la orden de que en este pueblo no le haga daño a nadie porque ustedes son inocentes. Les doy hasta las ocho de la mañana para que se marchen de aquí. No quiero ver a nadie aquí (...) todo el mundo para sus casas, mañana después de mediodía no quiero ver a nadie en el pueblo, porque si encuentro a alguien, a ese sí lo vamos a matar.⁴

El jefe paramilitar observó a las familias correr hacia las viviendas para empacar maletas con ropa y demás pertenencias, mientras otras abrían las puertas de los corrales para sacar a los animales. La incursión armada de dos días, por parte del Bloque Norte, provocó el desplazamiento de 1500 personas de Mampuján y Las Brisas, la muerte de 12 campesinos y cuatro desaparecidos. Ambos pueblos fueron incendiados. La diáspora campesina fue narrada durante las audiencias de Justicia y Paz en abril de 2010 en Barranquilla, cuando Juancho Dique y Diego Vecino, los jefes paramilitares de alias ‘Cadena’, dieron cara a sus víctimas para pedirles que los perdonaran. Allí confesaron que la orden de atacar Las Brisas y Mampuján “provino de la oficina de inteligencia de la base de la Infantería de Marina de Malagana”.

Iniciados los procesos de reparación a las víctimas por la Fiscalía, 15 mujeres de Mampuján sobrevivientes del desplazamiento, aprendieron la técnica conocida como Quilt, que consiste en coser tela sobre tela con colchas de retazos; con esas telas representaron la masacre de Las Brisas y el desplazamiento de las 180 familias del corregimiento y las veredas cercanas. Los telares de Mampuján se convirtieron en un artefacto de memoria alternativa, con miras a una comunicación vinculante. Reunidas alrededor de su experiencia violenta y sus recuerdos, las mujeres ‘imprimieron’ en la tela -con la aguja y el hilo- lo que más las afectó de la violencia paramilitar para poder sanar las heridas que les dejó la guerra. Los recuerdos y el tejido reconstruyeron una memoria silenciada por años.



2. Violencia - Memoria - Comunicación

En el conflicto colombiano la violencia de los grupos armados es inseparable de los territorios, de las áreas geográficas de las poblaciones donde imponen sus estrategias, sus tácticas, sus enunciaciones. Hablar de violencia aquí es vincular ejercicios de fuerza desmedida, desplegada por un actor o actores, contra personas en estado de indefensión hasta causarles sufrimiento, dolor y la muerte.

La violencia opera en espacios físicos que son lugares públicos y espacios vividos -la plaza, la escuela, la cancha de fútbol, el establo, el matadero, el salón comunal, el atrio de la iglesia-, por eso podemos decir que es geográfica y territorial. Opera en un territorio que lo ocupa un grupo social determinado, con identidad propia como población, y desarrolla actividades socio-económicas, políticas y culturales. Por ocupar ese territorio, los habitantes reciben el nombre que los vincula con la zona: Mampuján, Mampujeños.

De la violencia armada quedan huellas, marcas, impresiones que permanecen en la mente y en los cuerpos de los habitantes que la padecieron. Abordaremos el concepto de memoria como el acto y proceso de evocación de algo que ha sucedido,

que se encuentra en el área de los recuerdos de la víctima y sale a la luz pública, se expresa, se narra, se hace visible. Traer a la memoria es volver a sacar de las profundidades del recuerdo una experiencia que dejó una huella en la vida de los individuos, que marcó su subjetividad individual y su pertenencia colectiva. Una memoria del recuerdo como función y fuerza opuesta al olvido.

Las víctimas en Colombia, más allá de una política pública, gubernativa y jurídica de “Memoria, Verdad, Justicia y Reparación”, están abriendo un espacio con miras a resistir las invisibilizaciones de su experiencia dramática, interpretaciones, negacionismos, marginaciones, silencios impuestos por mecanismos de poder, regímenes de saber y sectores sociales que no resultaron afectados por la violencia ni el conflicto armado.

Memoria ligada al pasado, a unos acontecimientos que se sitúan en un espacio y en un tiempo determinado, que de algún modo se traen al presente y que a través de la víctima adquieren un carácter de validez. Se trata de una memoria de sufrimientos y traumas desencadenados en la mente y en los cuerpos de los sujetos, con consecuencias dramáticas y destructivas para su individualidad y su pertenencia en el tejido social.

La memoria aquí es la de la víctima-testigo que sobrevivió a un ejercicio de violencia y barbarie, con sus estrategias y tácticas simbólicas, que desmantelaron y erradicaron las prácticas comunicativas en la vida cotidiana de los pobladores de decenas de municipios, corregimientos, veredas e inspecciones, distribuidos a lo largo y ancho del país. Violencia y barbarie que se expresó en masacres, torturas, desplazamientos, desapariciones forzadas, abusos y esclavitud sexual.

En muchas regiones azotadas por la violencia, la memoria está ligada también a artefactos que son ubicados en este trabajo como depositarios físicos, como presencias materiales en un lugar determinado, inscritos en la experiencia de vida de muchos de los pobladores. En este sentido, son artefactos de conocimiento que “dicen algo” de alguien, remiten a acciones y decisiones que ‘otro’ -el victimario- tomó sobre sus vidas, que “habla” de quienes fueron emplazados, unos para sufrir torturas y ser asesinados y otros para padecer prácticas de represión y terror, sometimiento, agresiones físicas, humillaciones y torturas.

Si los telares dicen algo, narran experiencias, extienden una malla de significados sobre su superficie, son elaborados con miras a comunicar. Son un vehículo, un canal de memoria individual y colectiva que al ser observado por los demás, recibe capas de significados públicos y sentidos individuales. Para la memoria individual de las víctimas-testigos sobrevivientes, constituye también un recipiente físico para no olvidar, artefactos cognitivos de reconstrucción de episodios que marcaron sus vidas.

En su superficie se plasma una memoria alternativa, emergente desde lo local, periférica, no agónica, que ha logrado persistir en el tiempo resignificándose y sirviendo como eje de resistencia frente a la fijación de una memoria del victimario que niega lo que provocó, de una memoria institucional y gubernativa que la excluyó, tanto en el espacio social público como a nivel de contenidos. Los telares refuerzan y ratifican la capacidad de acción y de contestación de sus tejedoras contra el silencio obligado y el olvido.

Los telares de Mampuján son artefactos que comunican, que narran algo de unas experiencias dolorosas. Son una práctica de comunicación de desvío como estrategia de protesta pública frente a las memorias oficiales, de archivos y testimonios judiciales. Son un mecanismo para superar la victimidad, un escenario narrativo huella de una producción simbólica con miras a adquirir un rol significativo en la constitución de identidad política y cultural de las víctimas de la guerra. Lo que se visibiliza en su superficie de hilados y bordados, que se entrecruzan de manera regular en toda la longitud de la tela, desempeña un papel central y específico, tanto que las mujeres que los tejen -sujetos hablantes y narrativos- guardan relación con los usos de la memoria.

2.1 El telar: artefacto de memoria-testimonio y comunicación

Hablar de comunicación es hablar de interacción con otros. En ella, los sujetos expresan lo que piensan, el sentido de sus acciones y se relacionan en el colectivo social. La comunicación la ejerce un sujeto con capacidad de discurso y de acción que se expresa a través del lenguaje (saber-decir). Si a través del lenguaje los seres humanos aprehenden la realidad de formas distintas, quiere decir que el lenguaje contiene una dimensión pragmática: el hacer. La mayor parte de las expresiones lingüísticas se orientan a hacer con miras a la producción de un sentido.

Las acciones, en términos de Eliseo Verón (1987), contienen una materialidad del sentido en las interacciones de los sujetos. Es decir, toda producción de sentido, comportamientos, palabras, gestos, creaciones artísticas, productos culturales, lleva tras de sí un carácter social: el sentido de toda acción -saber-hacer por el lenguaje- es elaborado y atribuido a partir de un contexto social en el que están inmersos los sujetos productores y es estructurado en unas prácticas narrativas.

El lenguaje visual del telar contiene realidades fijadas en él y, siguiendo a Verón (1987), “solo en el nivel de la discursividad el sentido manifiesta sus determinaciones sociales y los fenómenos sociales develan su dimensión signifiante” (p. 100). El telar es un escenario discursivo-gráfico, dado que circula en las interacciones de los sujetos, es en ellos donde se producen los sentidos que evocan realidades. Es el lugar trascendental donde la víctima-testigo sobreviviente y el otro se reconocen como integrantes de un grupo social. El discurso explícito del telar hunde sus raíces en un acontecimiento significativo.

Verón afirma que los discursos sociales, como marcos de relaciones, están vinculados a condiciones de producción y a condiciones de reconocimiento (recepción). Hay unos procesos de producción que anteceden al discurso y son condición para que se transmita el sentido incluido en él. El telar, concebido por sus creadoras como canal de interacción con el otro, constituye un escenario significativo en el que se despliegan sentidos transmitidos en los trazos de los hilos, que pueden ser o no compartidos, pero que están listos para circular en el ámbito social.

Cuando las tejedoras de Mampuján -como víctimas-testigos sobrevivientes- ponen en juego el sentido otorgado a su experiencia de dolor y desplazamiento, lo vivido y lo padecido que quieren transmitir se expone en el juego de interacciones con el otro. Los demás apelan al hecho de la capacidad de entendimiento entre sujetos poseedores de lenguaje (saber-decir, saber-de sentido) y acción (saber-transmitir, saber-hacer), mediante discursos (actos de habla) y relatos (actos de escritura), cuyo contexto es el mundo de la cotidianidad de interpretaciones que se buscan compartir y dar a conocer, a partir de la experiencia del dolor.

En ese escenario de comunicación -que es el telar-, como interacción donde se ponen de presente sentidos de reflexión y sentidos de acción, las mujeres de Mampuján y Las Brisas reconocen que la pretensión de validez de lo que narran -su discurso gráfico-, puede ser sometido a la crítica, al desacuerdo, a la oposición. Sin embargo, al referirse con su artefacto material a una experiencia de vida dolorosa y traumática, desafían al otro en su recepción (reconocimiento) a asumir una postura; una respuesta, una decisión respecto a esa experiencia de vida.



El telar como mecanismo para narrar la memoria, hace concurrir individualidades que enlazan el ayer con el presente, la ausencia y la presencia, de la víctima-testigo sobreviviente que abandona momentáneamente su lugar en el aquí y en el ahora, para volver atrás en busca de acontecimientos traumáticos vivenciados por ella; un pasado que emerge en la tela para recuperar las voces desplazadas por la violencia paramilitar.

Como artefacto visual, el telar no trata de reproducir los padecimientos de las víctimas con el objeto de incorporarlos como experiencia transferible, sino que busca conservar la memoria de sus rostros que surgen en la superficie de la tela, así como la fuerza de sus vivencias para traerlas a un presente que resigne el desplazamiento y las familias no sigan sumidas en el dolor de sus recuerdos. El telar es un artefacto de memoria-testimonio, un escenario narrativo que expresa una resistencia frente al silencio y el olvido. Como instrumento de comunicación, el telar es una estructura de transición para recuperar la memoria y hacerla patente a los otros, según Pilar Calveiro (2008):

Estructura de transición y de posible articulación entre la memoria y la historia, el testimonio es interpretación de lo que el testigo vio, experimentó, capaz de apegarse a ello más allá de la semejanza, más allá de la 'huella'; es representación, opaca mezcla del recuerdo y de la ficción en la reconstrucción del pasado.

El telar es un artefacto cognitivo que desafía la indiferencia porque comunica. Desde su concepción se busca plasmar una historia de vida dolorosa, padecida. Busca transmitir emociones, sentimientos, algo que se quiere hacer salir de lo más profundo de los recuerdos para que refleje bien lo que se ha vivido. Desde el color escogido del fondo de la tela hasta el bordado de las montañas, las casas, los árboles, los animales, las características del paisaje, las personas con sus gestos, sus rostros y los diálogos trazados con las agujas, las tejedoras de Mampuján van diseñando una práctica para comunicar.

Como artefacto cognitivo, el telar define una práctica comunicativa del dolor y del recuerdo dentro del patrimonio simbólico de la comunidad de Mampuján. Wilson (1999) asegura que todo artefacto cognitivo está ligado a sistemas socioculturales que organizan las prácticas en las cuales son usados:

La utilidad de un artefacto cognitivo depende de otros procesos que crean las condiciones y explotan las consecuencias de su uso en actividades culturalmente elaboradas, soluciones parciales a problemas frecuentes a menudo se cristalizan en prácticas, en conocimiento, en artefactos materiales y en arreglos sociales.

Como escenario de comunicación, el telar tiene una superficie de inscripción, de registro, de archivo, que permite interpretaciones y significaciones variadas para colectivizar lo sucedido, sacándolo del ámbito privado de los familiares de las víctimas, haciéndolo objeto de conocimiento de todos.

Si en la elaboración del telar como artefacto de memoria-testimonio hay un propósito comunicativo, el resultado es una historia tejida para que lo representado de lo que ocurrió no quede en el olvido y contrarreste la impunidad que rodea la máquina de guerra empleada por el victimario, descrita y manifiesta en la tela. Las mujeres de Mampuján forjan en los telares la decisión de superar el trauma y el duelo en que viven las víctimas, al ser gestoras de cambio en su entorno biocultural, individual, familiar y colectivo.

Vezetti (1998) explica que la memoria de las víctimas, donde está inscrita la experiencia violenta, cualesquiera sean sus vehículos de transmisión, es la lucha por la superación del olvido, la inercia, el acostumbramiento, la indiferencia.

3. El telar como práctica de comunicación vinculante

Con su relieve, sus figuras, los colores de las viviendas, de los árboles, la posición de las víctimas y de los verdugos, el tamaño de las imágenes y los diálogos, el telar de Mampuján constituye una práctica de comunicación. Las Brisas y el propio corregimiento emergen en la tela como un ámbito en el que circula variedad de discursos e interpretaciones sobre eventos donde confluyen sistemas de dominación, poder armado y violencia. El propósito es oponer un escenario de resistencia a la versión homogénea del victimario, oposición expresada de manera implícita con la narración oral de lo padecido -antes de bordar- por las víctimas-testigos y explícita al ser impresa en la tela toda la carga de sentidos y significaciones otorgados al terror paramilitar, para ser narrados y transmitidos.

El telar es un escenario de lucha entre contendientes desnivelados y posicionados históricamente, es un enfrentamiento por el poder de la enunciación y la significación. En esa lucha, las víctimas-testigos sobrevivientes ponen en juego las competencias comunicativas y el capital socio-cultural que tienen para actuar sobre su drama y su tragedia, así como para dar vida a una memoria que permaneció oculta por muchos años y que se reactivó cuando el victimario dejó de ejercer una posición dominante y de coacción.

Desde esta perspectiva, el telar es una escritura para comunicar una experiencia que trasciende la oralidad y se plasma como una estructura hablante, escritura que reproduce el flujo sonoro de la palabra mediante dibujos e imágenes. Desde la víctima-testigo sobreviviente, la tela se convierte en una condición de posibilidad de expresar una experiencia dramática -la masacre y el desplazamiento- que afectó a todos y demuestra la posibilidad de ser-comunicada a otros, a los demás, a los que no la padecieron.

Sus imágenes dramáticas bordadas se inscriben dentro de un medio de expresión de aquel (la víctima-testigo) que puede proferir un contenido: lo puede decir, lo puede expresar, para aquel-otro que lo puede recibir, leer, interpretar y decir algo de él. Ambos sujetos están vinculados por una experiencia expresada en el telar como mensaje, que des-oculta a quien lo dirige como al que está de referente de comprensión: el otro. El telar inaugura un modelo de comunicación vinculante.

En el telar el sujeto padecido busca reconocerse y ser identificado por el otro -social e individualmente- en cada fragmento de realidad bordado y registrado en su superficie material; quiere dejar de ser invisible, porque la violencia en las imágenes revela una subjetividad que ha sido negada, despreciada, no reconocida por los victimarios. Por eso el telar expresa de una manera real cómo las víctimas de Las Brisas y Mampuján han sido objeto de negación de su subjetividad y ellas la recuperan a través de lo representado por el bordado. De esta manera, el telar ‘habla’, comunica, representa el ‘antisujeto’, el que des-subjetiviza al otro, a su víctima, y lo hace objeto de su crueldad, de su inhumanidad.

El telar constituye una operación colectiva (muestra lo que le ocurrió a la comunidad) para reconstruir su subjetividad destruida por la violencia y el desplazamiento, pero también es la lucha por reconstruir desde las ruinas un nuevo sentido de lo colectivo. En la tela y los bordados las subjetividades se apropian de su historia pasada -dan el paso de lo invisible a la visibilidad- como condición para construir una nueva interlocución entre todos, darle apertura a nuevas relaciones y para situarlas en su nuevo espacio -el de antes, desde donde se infligió violencia- pero con un nuevo sentido.

Desde la representación de lo vivido, de lo sufrido, de lo padecido, la víctima-testigo sobreviviente busca con el telar, evitar que se construya una representación de su condición de otro fija e inmodificable, estigmatizada por el victimario como “auxiliador de la guerrilla”, sobre quien despliega y dinamiza unas estrategias de silenciamiento y violencia. Desconocer su condición de sujeto sometido al terror es seguir legitimando el mundo simbólico del verdugo, el mundo de ‘otros’ que destruyen, mutilan, desaparecen, matan, amenazan, desterritorializan.

El telar de Mampuján manifiesta que la violencia ejercida por los verdugos no les ha quitado a sus víctimas la capacidad de respuesta para invertir el orden que impusieron a sangre y fuego durante mucho tiempo y para salir de ese estado de impotencia inicial. Las víctimas dan el primer paso para que sean reconocidas en su condición de ciudadanos, sujeto individual y colectivo que la violencia les arrebató -“son desplazados, sobrevivientes”-, pero que están decididos a recuperar.



Con el telar, la víctima-testigo sobreviviente de la masacre de Las Brisas y el desplazamiento de Mampuján y demás veredas, manifiesta que está ahí presente, visible para todos, des-ocultada. Esa manera de comunicar su presencia le otorga el derecho de ser vista, acogida y escuchada. Su visibilidad le da la oportunidad de una interlocución con los demás estableciendo una comunicación vinculante. Las imágenes del telar no paralizan a la víctima sino que la dinamizan y la hacen patente como proyecto individual y colectivo. Esa comunicación vinculante dinamizada por el telar, permite que la víctima-testigo se convierta en protagonista, artífice de su nuevo presente y dinamizador de su futuro colectivo e intersubjetivo, en un campo amplio de nuevas y múltiples relaciones.

Esa comunicación vinculante que se dinamiza desde el telar, que emana de la negación de lo subjetivo, permite insistir en la lucha por la reconquista de su subjetividad dinámica y creadora de ser histórico que la violencia no le arrebató ni eliminó; permite el arraigo de su existencia y de su espacio social común, que le servía de base y fundamento de identidad social. Desde esa comunicación, hay transparencia por parte de la víctima-testigo sobreviviente. El telar no le aumenta ni le quita a su experiencia de vida. Está ahí para su lectura, para que el otro lo observe y para vincular una comunicación intersubjetiva.

La víctima-testigo muestra su realidad, su drama más allá de un mero intercambio de significados -superando un mero análisis lingüístico-, para instalarse en otro plano en el que las personas comprometen su existencia en una comunicación vinculante. En esa relación bidireccional de mostrar-observar, como factor dinámico de comunicación, sujeto-víctima y el otro-observador se encuentran en un horizonte de humanización y de diálogo comprometido, a fin de estimular una solidaridad efectiva y actuante. El telar como práctica comunicativa abre la posibilidad al diálogo, lo motiva, lo posibilita, lo confirma. Lo bordado en su materialidad permite el entendimiento de los interlocutores para un intercambio de sentidos y significaciones. En esta dinámica, tanto sujeto-víctima como el otro solidario, trascienden los significados y salen del telar para el encuentro. De esta manera el telar cumple su tarea de ser una práctica de comunicación vinculante. No sólo agencia una memoria alternativa, emergente, silenciada, sino que invita a la acción solidaria.



4. El telar: memoria para sanar las heridas de la guerra

Como artefacto de memoria que contribuye a elaborar el duelo de las víctimas-testigos, sobrevivientes, tanto en el plano individual como colectivo, los telares de Mampuján permiten expresar las emociones del dolor y duelo que provocó la masacre de Las Brisas, el desplazamiento de sus habitantes y la destrucción de los dos pueblos. En su calidad de práctica colectiva de testimonio, durante su elaboración

y bordado, se reconoce lo injusto de la intervención de los paramilitares del Bloque Norte -los victimarios que provocaron dolor y sufrimiento- y, a su vez, se busca hacer pedagogía sobre la experiencia traumática para que jamás vuelva a ocurrir.

El telar como práctica comunicativa vinculante, dinamiza acciones -desde las víctimas testigos- para sanar las heridas y canalizar los duelos que aún perviven en cada individuo y en su tejido social. Las manos de Juana Alicia Ruíz, integrante de la iniciativa “Mujeres tejedoras de sueños y sabores de paz” de Mampuján, bordan y expresan en la tela el duelo por sus seres queridos, reflexionan sobre la violencia padecida, pero con el propósito de reconstruir los lazos afectivos, familiares y de vecindad, para curar, entre todas, las heridas que la guerra les dejó.

Cuando estamos en grupo compartimos historias, vivencias y sentimientos, mientras una va dibujando en un papel los hechos más sobresalientes de la violencia, las demás oramos, leemos la Biblia, sobre todo el libro del Éxodo, escogemos los versículos que hablen del desplazamiento del pueblo de Israel. En ese momento hay confianza, llanto, rabia, desahogo, liberación, perdón, de esta manera se van exorcizando los duelos.⁵

Como artefacto de comunicación vinculante, el telar es también una memoria terapéutica, un instrumento de sanación personal y social. Juana Ruíz asegura que, aunque el recordar le causaba daño, con las otras mujeres decidieron afrontar sus fantasmas al plasmarlos en la tela representando el dolor y el sufrimiento vividos durante los días 10 y 11 de marzo de 2000, para sacarlos de su interior, estar en paz y ser capaces de perdonar.

Mostramos los dibujos hechos en papel y todas empezamos a opinar sobre el paisaje, los árboles, los ríos, las personas: si hay que dibujar lo ocurrido en la noche o el día, si hay que usar el camuflado o la ropa de civil, el color de la piel, se le dan los gestos a sus rostros. Cosemos todas las características para que el telar refleje muy bien lo que se ha vivido y se llene de historia.⁶

Alexandra Valdés Tijeras, otra de las integrantes del colectivo “Mujeres tejedoras de sueños y sabores de paz”, asegura: “De estas reuniones queda una obra de arte, a través de la cual hacemos catarsis de nuestros dolores, construimos la memoria de nuestro pueblo y entramos al duelo que es lo que nos ayuda a superar el trauma”⁷. En ese sentido, Juana Ruíz dice: “Hemos descubierto a vecinas que han sufrido la pérdida de su esposo, su hijo, su hermano, y lo han superado. Ellas han perdonado, sanado su corazón, y hoy nos ayudan a otras a superar los traumas”⁸.

El testimonio depositado en la tela hace posible generar una conciencia pública sobre el sufrimiento y fortalecer la capacidad de perdonar, con miras a una reconciliación como tarea de todos, el rechazo al uso de la violencia para vengarse del victimario y dinamizar procesos de curación y de sanación de los malos recuerdos que dejó la violencia.

Como práctica socio-comunicativa de una memoria terapéutica de desvío, el testimonio de la víctima-testigo sobreviviente, bordado en la tela, agencia procesos para lograr que los verdugos, cuando los observen, pidan perdón y sus víctimas no queden estacionadas en deseos de venganza, resignación, odio, dolor o apesadas en sus vivencias emocionales. En el telar de Mampuján lo narrativo, como imágenes, trasciende la historia individual afectada por actos de violencia desmedida, para involucrar la memoria colectiva donde están presentes todos los que la padecieron (masacre-desplazamiento) con sus diferencias, similitudes, contradicciones y también oposiciones.

Alexandra Valdés dice que iniciar el proceso de reconstrucción de lo que pasó fue duro al principio, porque el desplazamiento deja huellas en la vida de los que lo padecen y que nadie quiere contar ni compartir su experiencia:

Al principio, las reuniones entre todas nos parecían una perdedera de tiempo porque cada una pensaba que su historia era más importante que la de las otras. El desplazamiento provoca cambios en la personalidad de quienes lo sufren y sobre todo saber que durante ese trance se pierden seres queridos. Pero, en la medida en que tratábamos de llegar a un acuerdo, dijimos que podíamos **ponerle hilo a esto y sería una tarea colectiva, de todas**. Teníamos mucho que contar. Hubo lágrimas, recuerdos dolorosos, abrazos, compresión y ya después ratos para reírnos y bajar al río para despejarnos antes de tejer⁹.

El telar, como testimonio para superar el duelo, permite que las víctimas sean sujetos de construcción de memoria colectiva para el acceso dinámico a la verdad, la justicia y la reconciliación. La tarea es comprender -como acto primero- su propia experiencia de víctima y hacer comprender cómo se pueden desencadenar situaciones de violencia extrema que parecen inverosímiles e indemostrables, pero que sucedieron.

Como acto segundo, las mujeres tejen para poder superar y dominar esa experiencia traumática y demoledora. No sólo es vivencialmente y emocionalmente una situación límite difícil de soportar, también es un peso que se carga y que hace daño, que lastima y somete la autonomía personal. Gabriel López, quien no salió de Mampuján pero se escondió en Las Brisas, dice que los telares son una forma de lucha para evitar que se imponga la verdad del victimario y la impunidad con sus versiones:

Una de mis hermanas es tejedora. El telar o tapiz -como lo llamamos acá- es un medio para reconstruir nuestra memoria de lo que pasó, un medio de protesta para combatir la impunidad y poder recordar sin rabia, sin odio. Porque los resentimientos que quedan son muy grandes.¹⁰

Tejer se convierte en una práctica para sobrevivir, para regresar a la vida, para sanar y también para apaciguar la memoria y no postergar más los recuerdos del ejercicio

de la violencia impuesta. Tejer para su recuperación psicosocial e histórica, para vivir sin miedo, para expresar su experiencia dolorosa, reducir sus temores y ser más libres para construir su futuro de vida.

Tejer no tanto para enumerar los horrores y sufrimientos padecidos sino para superarlos, trascendiendo el carácter incomunicable de la experiencia dramática, eso que Jorge Semprún (1995) llama, desde su experiencia como víctima sobreviviente del campo de concentración nazi de Buchenwald, la verdad esencial de la experiencia:

Me imagino que habrá testimonios en abundancia. Valdrán lo que valga la mirada del testigo, su agudeza, su perspicacia (...) y luego habrá documentos (...) más tarde, los historiadores recogerán, recopilarán, analizarán unos y otros: harán con todo ello obras eruditas (...) todo se dirá, se contará en ellas (...) todo será verdad. Salvo que faltará la verdad esencial, aquella que jamás ninguna reconstrucción histórica podrá alcanzar, por perfecta y omnicomprendiva que sea (p. 141).

El telar es el artefacto testimonial de la memoria de unas víctimas que se rebelan contra la negación o minimización del verdugo de su violencia desconcertante y sin sentido, para dejar de ser la víctima dolorida y humillada y mostrarse como el sujeto histórico que, después de superar el dolor, ha decidido exigir justicia y reparación integral para alcanzar la reconciliación. El telar, como práctica testimonial de una memoria terapéutica, contradice la memoria del victimario que acomoda sus acciones para aminorar su culpa, mediante la confesión de sus crímenes en las audiencias públicas de los Tribunales de Justicia y Paz.



Además de curar y sanar sus heridas evocadas por sus recuerdos, las mujeres de Las Brisas y Mampuján tejen con fuerza descriptiva y capacidad para penetrar en el drama interior de la masacre y el desplazamiento, borrando las márgenes opacas entre víctimas y verdugos. En los colores del bordado ambos actores se identifican, ninguno se mimetiza en el otro, cada uno está definido. Los victimarios poseen un rango esencial: son una maquinaria ignominiosa de muerte, un engranaje que domina, somete y destruye. En el telar, a diferencia de otros lugares donde colaboradores nativos se fusionaron con los victimarios, víctimas y verdugos son bien distintos, se pueden diferenciar.

El telar como práctica de todos, de una memoria de lo sucedido, restablece la solidaridad, recupera el sentido comunitario de recordar y posibilita la conciencia de una experiencia dramática compartida que se desea sanar. Solo desde aquí es posible comprender este artefacto de comunicación vinculante y de desvío, como un acto de recuperación de la dignidad y de la humanidad sometidas. Según Rogiris López:

Volvimos a ser nosotras para recordar, para no olvidar, para sanar, para cerrar nuestras heridas, para vivir y no estar sometidas a nada ni a nadie. Curamos nuestras heridas para no temerles a nuestros verdugos del pasado ahora en el presente.¹¹

En el telar las mujeres -sin proponérselo- mantienen la temporalidad de su memoria sin importar la distancia entre los eventos ocurridos y el momento de realizar la recuperación de los hechos. Las imágenes bordadas en la tela son una escritura que les permite tomar distancia de la experiencia traumática, sin negarla o reprimirla, sino recordándola para curarse desde ella. Lo que se recuerda y lo que se reconoce en ese recuerdo, son elementos configuradores de una misma trayectoria de vida: se parte de la muerte, del horror, para ir a la vida, a la liberación como sujetos y comunidad. La masacre y el desplazamiento dejaron un recuerdo -especialmente para quienes sobrevivieron a ellos-, pero en el telar la muerte se inscribe en un futuro de vida, de renacimiento. La vida se incorpora de nuevo como realidad liberada de cualquier tipo de sometimiento y violencia.

Los telares de Mampuján rompen con la visión clínico-psicológica de la memoria y el olvido asociada al trauma y su tratamiento. La tela bordada es también una exaltación a la vida, al testigo sobreviviente, al logro de volver a pensar en el futuro, en la realización, en la reconstrucción de los proyectos individuales y colectivos. En el telar se pasa de una memoria traumática a una memoria fundacional para renacer, para liberarse de los recuerdos de lo inenarrable, para no-morir más. Se pasa de una memoria de la represión y sometimiento a una memoria gratificante que tiene unas prácticas culturales de sanación y remedio. Julia Alicia Ruíz lo expresa de manera muy gráfica.

Nuestras reuniones empiezan muchas veces en el río o en el arroyo, con un masaje con aceite o barro volcánico para fortalecer los vínculos, dar espacio a la ternura y relajar tensiones. Cantamos, hacemos rondas y juegos. Luego estamos listas para poder recordar y tejer tranquilas, sin rabia, ni miedos¹².

El telar se inscribe -dentro de la cotidianidad de las víctimas de Las Brisas y Mampuján- en una cadena simbólica de sentidos, para curar, para sanar los dolores del cuerpo y los que permanecen en el alma y también para tener presente la historia de las dos comunidades. La dimensión subjetiva se dibuja, se teje y se borda en colectivo, para expresarse y visibilizarse como sujetos históricos más allá de su victimidad.

Las mujeres de Las Brisas y Mampuján no reproducen la ambigüedad de su condición de víctimas, son víctimas pero no están a merced de los victimarios que las ocultan y que minimizan el daño causado. El telar como práctica socio-comunicativa del testimonio que sana, tiene su origen en un quehacer colectivo. Las mujeres como testigos válidos, confiables, toman su propia voz, sin intermediarios, superando los coloquios interpretativos.

5. El telar de Mampuján: más allá de la victimidad

Como portadoras y hacedoras (saber-hacer) de una memoria reconstruida para sanar, las mujeres y sus telares se sobrepusieron, en primer lugar, al hecho de morir al que estaban expuestas y, en segundo lugar, a olvidar y ocultar lo que les ocurrió luego de la masacre en Las Brisas y el desplazamiento en Mampuján. Sin embargo su memoria -rica en expresiones y quehaceres culturales- está expuesta a ser subsumida por una mitológica 'Gorgona' discursiva, en la que convergen todos los tratamientos para una situación que Acevedo Arango (2012) denomina dispositivos operacionales:

(...) judiciales, histórico-memóricos, psicosociales, religiosos y mediáticos; así como las ideas y requisitos para su atención, la implementación de métodos para el duelo o para fomentar el deber de la memoria, las tecnologías de verdad, perdón y reconciliación y su representación en los medios de información (p. 41).

A todo esto el autor lo llama la episteme de la victimidad. La memoria de la víctima, su experiencia dramática, su lucha por comunicarla a través de artefactos materiales, para ser reconocida como sujeto histórico de verdad y justicia, es atravesada por esa plataforma de "discursos y prácticas que construyen, inventan, politizan, posicionan y proyectan tipos de víctimas en los cargos del poder y del saber" (Acevedo, 2012, p. 41).

Los telares son la expresión de una memoria que quiere curar, que busca una salida terapéutica más allá de las memorias oficiales, académicas, gubernativas y legales, que tuvieron su boom en Colombia entre el 2005 y el 2013, que desacomodaron las

voces, presencia e historicidad de las víctimas y articularon sus prácticas alternativas, emergentes, espontáneas, bajo la mirada e interpretaciones de los profesionales y académicos de la antropología, sociología, politología y psicología. Acevedo Arango sostiene que en el país, el régimen de saber y poder que se estableció con las memorias alternativas de las víctimas, crea un divorcio entre el concepto de memoria que tienen los académicos y la memoria coordinada por los funcionarios desde las políticas públicas de Verdad, Justicia y Reparación. La memoria de las víctimas se silencia e invisibiliza:

De la tensión productiva entre intelectuales, académicos, funcionarios, gerentes sociales y legisladores, se produce el canon de la memoria, en el que se promueven una especie de plantilla global para hacer de la memoria una de las estrategias de reparación y justicia de las víctimas (Acevedo, 2012, p. 46).

Por eso el telar es la expresión de los modos y prácticas en que las víctimas conciben la memoria de su experiencia, de lo sucedido, superando, trascendiendo su victimidad. Las representaciones bordadas sobre la superficie de la tela son la antítesis del olvido, el espacio de lo indecible, de lo inenarrable, en donde la imagen lucha por evitar ser 'interpretada' por otro tipo de memoria -profesional y dominante- que resalta su incapacidad de explicar lo que sucedió y lo representado, y que desconoce su potencial de comunicación.

Frente a eso, Rogiris López asegura:

Tejemos para contar lo que más nos afectó y de lo que queremos curarnos. A través del tapiz plasmamos nuestros duelos para que sirvan de ejemplo de superación de los traumas a otros que hayan vivido la violencia como nosotras. No pretendemos dar lecciones a nadie, es nuestra propia experiencia, pero que puede ayudar a otros a sobrellevar sus recuerdos, sus dolores, sus angustias y superarlas. Convivir con nuestros recuerdos pero de otra manera, de una manera que no sigan haciendo daño. No seguir siendo víctimas¹³.

El telar es todo lo contrario a la amnesia que paraliza cualquier proyecto de compartir -desde y con las víctimas- lo que se vivió y a lo que se sobrevivió también. Es la victoria sobre la memoria parcial y profiláctica de los verdugos que, en las audiencias y en los juicios penales por sus crímenes, traen el olvido epílogo de sus acciones, para hacerlo una estrategia y poder evadir sus responsabilidades por las violaciones a los Derechos Humanos.

El telar de Mampuján es el resultado de un conjunto de relaciones colectivas en las que se da el recuerdo de lo vivido para trascenderlo, para desplazar ese énfasis en la victimidad que recorre la 'memoria' ilustrada y omnipresente de los estudios

académicos, que buscan explicar lo que sucedió para agenciarlo en políticas y consignarlo en informes especializados.

Alexandra Valdés asegura:

Nuestro interés por tejer no obedece a que nos sigan reconociendo como víctimas, somos víctimas, pero cuando bordamos compartimos experiencias positivas, expresamos nuestros sueños, nuestras ilusiones de seguir adelante en la vida y eso permite ir más allá. Queremos que se nos considere como sujetos de perdón y reconciliación porque ya lo hemos hecho: hemos perdonado a nuestros verdugos, nos hemos reconciliado con ellos y con nosotras mismas. Solo así tejer cumple con su objetivo de dejar de considerarnos víctimas de la violencia y víctimas de nuestros recuerdos pasados. Solo eso, nada más¹⁴.

6. Conclusiones

En este trabajo logramos vincular dos elementos de carácter conceptual para analizar desde la comunicación, cómo las víctimas-testigos sobrevivientes del conflicto se apropian de su experiencia trágica y la narran para lograr visibilidad y reconocimiento como sujetos históricos y de cambio en la sociedad colombiana. Al presentar los telares de Mampuján como la práctica de una comunicación vinculante, escenario generador de diálogo y reconocimiento individual y colectivo, y artefacto para sanar y curar las heridas de la guerra, planteamos que, desde las víctimas, hay poder y posibilidades de hacer memoria de otro modo, para dinamizar solidaridad en una lucha común contra la amnesia de un país como Colombia, que no ha sabido reconocerse en las atrocidades de la guerra.

A partir de los trabajos materiales de las tejedoras de Mampuján -como experiencia narrativa- mostramos que hay unas memorias alternas del conflicto, emergentes y ligadas a lugares y artefactos, que luchan por visibilizar sus experiencias individuales, familiares y colectivas, frente a las memorias oficiales, gubernativas y académicas que, por criterios de selección emblemática, permanecen silenciadas, invisibles, no reconocidas. Memorias de víctimas-testigos sobrevivientes que están a la espera de ser escuchadas y reconocidas -más allá de sus ámbitos locales- como sujetos de transformación social y cultural en el país. Memorias no discursivas que, a través de unas prácticas culturales, buscan sanar las heridas de la guerra, superar sus traumas y disipar sus recuerdos dolorosos para seguir viviendo, seguir construyendo un futuro mejor entre todos. Tener memoria para dejar de ser víctimas.



Notas

- ¹ Magister en Comunicación de la Universidad Javeriana y estudiante del Doctorado de Filosofía de la Universidad del Valle.
- ² En el contexto del conflicto social y armado en Colombia, el paramilitarismo se constituyó en una de las fuerzas que, especialmente a finales de los años 90 y principio del 2000, arreció con suma violencia contra la población civil. Una de las regiones más azotadas por masacres y desplazamientos forzados fue la Costa Atlántica.
- ³ Unidad de Fiscalías para la Justicia y La Paz (2013). Mujeres que no parieron para la Guerra. Bogotá: Imprenta Nacional de Colombia, pp. 19-21.
- ⁴ *Ibíd.* p. 22.
- ⁵ Entrevista a Julia Alicia Ruíz.
- ⁶ Entrevista a Juana Ruíz.
- ⁷ Entrevista a Alexandra Valdés Tijeras, desplazada de Mampuján.
- ⁸ Entrevista a Juana Ruíz.
- ⁹ Entrevista a Alexandra Valdés Tijeras, desplazada de Mampuján.
- ¹⁰ Entrevista a Gabriel López.
- ¹¹ Entrevista a Rogiris López.
- ¹² Entrevista a Julia Alicia Ruíz.
- ¹³ Entrevista a Rogiris López.
- ¹⁴ Entrevista a Alexandra Valdés Tijeras, desplazada de Mampuján.



Bibliografía

- Acevedo, O. (2012) Geografías de la Memoria. *Posiciones de las víctimas en Colombia en el período de justicia transicional (2005-2010)*. 1ª Ed. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Calveiro, P. (2008). La memoria como futuro. *Actual Marx*. Intervenciones No 6. México.
- Halbwach, M. (2004). La memoria colectiva. Zaragoza: Prensas Universitarias.
- Semprún, J. (1995). La escritura o la vida. Barcelona: Tusquets Editores.
- Unidad de Fiscalías para la Justicia y La Paz (2013). Mujeres que no parieron para la Guerra: participación de lideresas en el proceso de Justicia y Paz. Bogotá: Imprenta Nacional de Colombia.
- Verón, E. (1987). La semiosis social. México: Gedisa.
- Vezetti, H. (1998). Variaciones sobre la memoria social. En: *Revista de Crítica Cultural* No 17. Santiago de Chile.
- Wilson, R. et al. (1999). *The MIT Encyclopedia of the Cognitive Sciences*. Cambridge, The MIT Press.

Recibido: 20 de febrero de 2018 / **Aprobado:** 15 de junio de 2018